BARCELONA 1950-1970

LOS CINES DE MI VIDA



Prólogo de Román Gubern

Carlos Mir

LOS CINES DE MI VIDA

LOS CINES DE MI VIDA

BARCELONA
(1950-1970)

Carlos Mir Andreu

Ajuntament de Barcelona

comanegra

Se han hecho todas las gestiones posibles para identificar a los propietarios o propietarias de los derechos de las fotografías.
Cualquier error u omisión habrá de notificarse por escrito al editor y se corregirá en ediciones posteriores.

Primera edición: junio de 2023

© Carlos Mir Andreu
© de la imagen de cubierta: Carlos Pérez de Rozas / Arxiu Fotogràfic de Barcelona
© de la imagen de la p. 41: familia Sáez Guerrero
© de la imagen de la p. 99: arxiu Jordi Baron
© de las imágenes: los archivos respectivos
© de esta edición: Editorial Comanegra y Ayuntamiento de Barcelona

Agradecemos el trabajo de recuperación de prospectos, carteles, entradas y fotos a los blogs Barcelofília i Prospectos de cine. Todo lo no listado aquí pertenece al archivo personal del autor.
- Fuente de los documentos (p. 15, 18, 22, 24, 25, 30, 32, 55, 106, 109, 124, 134, 195) y fotos (p. 77, 100, 106, 117, 125, 128, 135): Barcelofília.
- Fuente de los documentos (p. 101, 105, 133, 139) y fotos (42, 48, 55, 79, 82, 84, 120, 121, 130): Prospectos de cine

Editorial Comanegra
Fàbrica Lehmann
08015 Barcelona
www.comanegra.com

Diseño, maquetación y selección de imágenes: Irene Guardiola
Corrección: Nuria Ochoa y Jordi Llavoré
Impresión: xxxx

ISBN Comanegra: 978-84-19590-37-4
ISBN Ajuntament: 978-84-9156-504-8
Depósito legal: B 10781-2023

Todos els derechos reservados a los titulares del copyright.

Edita: Comanegra y Ajuntament de Barcelona

Consejo de Ediciones y Publicaciones del Ayuntamiento de Barcelona:
Jordi Martí Grau, Marc Andreu Acebal, Águeda Bañón Pérez, Xavier Boneta Lorente, Marta Clari Padrós, Núria Costa Galobart, Sonia Frias Rollon, Pau Gonzàlez Val, Laura Pérez Castaño, Jordi Rabassa Massons, Joan Ramon Riera Alemany, Pilar Roca Viola, Edgar Rovira Sebastià i Anna Giralt Brunet.

Directora de Comunicación:
Águeda Bañón

Directora de Servicios Editoriales:
Núria Costa Galobart

Direcció de Serveis Editorials
Passeig de la Zona Franca, 66
08038 Barcelona
tel. 93 402 31 31

barcelona.cat/barcelonallibres

Colección:
Barcelona, Ciudad y Barrios,
a cargo de Marc Andreu

ÍNDICE

PRÓLOGO 6
PRESENTACIÓN 8

LOS CINES DE BARRIO 12
- ABC 14
- Adriano 16
- Aristos 22
- Balmes 24
- Bonanova 26
- Bretón 28
- Rialto 30
- Spring 33

LOS CINES DE ESTRENO 36
- Alcázar 42
- Alexandra 44
- Aribau 48
- Astoria 52
- Capitol 58
- Coliseum 62
- Comedia 66
- Fantasio 72
- Fémina 76
- Florida Cinerama 80
- Kursaal 84
- Metropol 87
- Montecarlo 90
- Novedades 94
- Nuevo Cinerama 98
- Tívoli 101
- Urgel 104
- Windsor Palace 106

OTROS CINES AMIGOS 112
- Avenida de la Luz 116
- Bosque 119
- Savoy 122

LAS SALAS DE ARTE Y ENSAYO 124
- Alexis 127
- Aquitania 129
- Arcadia 131
- Ars 134
- Atenas 136
- Capsa 138
- Filmoteca 139
- Maldá 146
- Publi 148

LOS CINES DE MIS PUEBLOS 152

LOS OTROS CINES DE BARCELONA 166

THE END 196
LISTADO DE PELÍCULAS 198
BIBLIOGRAFÍA 207

Prólogo

Román Gubern

He aquí un compendio de la memoria cinéfila y sentimental que recorre toda una vida. Esta memoria está depositada en este libro por el crítico barcelonés Carlos Mir, quien en el umbral de su jubilación profesional repasa su trayectoria cinéfila, utilizando como hilo conductor las salas de proyección que frecuentó a lo largo de su vida, desde el preámbulo premonitorio que supuso que su madre rompiera aguas en las penumbras de una sesión cinematográfica, señalando con ello su destino. Un destino en el que se confundieron el recorrido urbano de las salas de proyección, con sus mutaciones, y la autobiografía primero sentimental y más tarde profesional, tejidas en su itinerario por las salas oscuras. Y en este itinerario, que aúna a la dimensión de cronista otra de memorialismo, se recorren las salas para público infantil, las de estreno, las de reestreno preferente, las salas de barrio, las diseñadas para exhibir macropantallas, las salas de arte y ensayo, las versiones originales, los minicines... Es decir, un recorrido que va desde las catedrales de mármol, con columnas solemnes y cortinas de terciopelo, cuyas pantallas enormes desbordaban nuestro campo óptico y que han ido desapareciendo del paisaje urbano, hasta las capillas cinéfilas de arte y ensayo, agrupadas más tarde en la fórmula de multisalas con programación diversificada y en versión original.

Estos territorios, habitados por fantasías sin cuento, forjaron la educación sentimental de muchas generaciones de espectadores desde el páramo de nuestra posguerra incivil, quienes crecieron con los dibujos animados de Walt Disney y soportando el adoctrinamiento del noticiario No-Do, se enamoraron secretamente de rostros y cuerpos seductores que lidiaron contra el puritanismo de la censura, envidiaron las proezas de galanes temerarios y volaron al espacio sin límites en artefactos supersónicos... Esta mitología irradiada por las pantallas, deslizándose desde el blanco y negro al color, y con incursiones ocasionales en el universo 3D, modeló nuestro imaginario, al tiempo que la topografía y el diseño de las salas de proyección del paisaje urbano iba cambiando, desde lo macro a lo micro y desde las voces dobladas a las versiones originales. De todos estos fenómenos levanta acta este documentado recorrido en primera persona, evocación de toda una vida de devoto espectador en cálidas penumbras y que el lector tiene ahora entre sus manos.

Presentación

Todos los sábados por la noche mis padres iban a un cine de estreno acompañados de un matrimonio amigo, los Sampons. No es de extrañar que mi madre, embarazada de nueve meses, rompiera aguas, mías, en el Astoria, un sábado 28 de marzo de 1948, justo al acabar la película *El solterón y la menor*, una comedia con Cary Grant. Yo nací muy cerca del cine, en casa, en Muntaner 411, antes de que llegara la comadrona, a la que sustituyó una amiga de mi madre.

En mi familia —padre, madre y dos hermanos mayores— nunca se hablaba de deportes, no existían. Jamás he practicado ninguno; ni siquiera sé jugar al ping-pong. A pesar de esto, siempre me ha gustado nadar. En el mar, en las piscinas, en los ríos y en los lagos. No es de extrañar que una de mis santas más veneradas sea Esther Williams, y que mi seudónimo en las redes sea Carla Williams.



A partir de los cinco años ya me empezaron a llevar al cine habitualmente, ¿o quizás fue antes? A partir de los siete, tres películas semanales era lo habitual: el programa doble de los jueves en los cines del barrio y la película de estreno de los domingos. Mis padres cambiaron el ritual del sábado noche por el de domingo tarde, para que pudiéramos ir los tres.

Me crié como hijo único, ya que me llevaba diez años con mi hermano José Luis y quince con mi hermano Juan. Tuve suerte de que mi prima Mari Carmen, cinco años mayor que yo, vivía en la casa de al lado y, aparte de llevarme al cine, si no venía a mi casa, iba yo a la suya.

La pregunta semanal que mi padre nos hacía a mi madre y a mí no era: ¿qué haremos este domingo?, sino ¿qué película iremos a ver? A partir de los ocho o nueve años era yo el que elegía entre todas las salas de estreno, siempre respetando una única regla: que fuera *apta para todos los públicos*. Algún domingo habíamos llegado a ver tres películas: la sesión matinal, la de la tarde y la de la noche. Los lunes me reunía con mi camarilla antifútbol en el patio del colegio La Salle Bonanova, que odiaba con toda mi alma, y les contaba la película o películas que había visto el domingo.

En realidad, el cine lo descubrí mucho antes, en mi propia casa, con las películas de Charlot, Harold Lloyd y el Gato Félix que mi hermano José Luis me proyectaba en su Pathé Baby; también lo hice con las películas familiares que mi padre filmaba con una cámara Revere de 8mm. En estas, yo era uno de los protagonistas.

Mi padre era muy ordenado y en la tapa de cada bobina escribía el título de las filmaciones: *El primer baño de Carlos*, *La familia en Argentona*, *Excursión a Cadaqués*... La mayoría de estas películas las he pasado a CD, y las originales las he donado a la Filmoteca.



Portada del catálogo promocional de la temporada 1949-1950 en los cines Kursaal, Astoria y Fémina.

El resultado de una niñez llena de películas solo puede acabar de dos maneras: odiando o amando el cine. Yo elegí lo segundo y, con setenta años cumplidos y jubilado, sigo yendo, eso sí, solo a la Filmoteca. A las multisalas ya no suelo

acercarme, a menos que estrenen algunos de mis directores favoritos vivos, que cada vez son menos, o alguna película que crea puede ser de interés.

Este libro quiere ser un homenaje y un recuerdo a los cines de Barcelona en los que crecí, de los que solo quedan el Aribau, el Comedia y el Maldá. Algunos están en la misma ubicación y con el mismo nombre, pero convertidos en multisalas. A lo largo de cinco capítulos —«Los cines de barrio», «Los cines de estreno», «Otros cines amigos», «Las salas de arte y ensayo» y «Los cines de mis pueblos»— recuerdo mis vivencias en las salas, así como las películas que vi. También he querido listar, con breves comentarios, todos los cines que hubo en Barcelona durante todos aquellos años, así como cada una de las películas que aparecen en el texto, junto con su director y el año en que fueron realizadas. El recorrido del libro abarca de los años cincuenta hasta la mitad de los setenta, una buena época para el cine. Después, los forzudos y las guerras galácticas invadirían Hollywood y el destape se adueñaría del cine español. A su vez, llegarían los publicistas con sus planos cortos, las películas de acción y violencia, el gore y los superhéroes.

En 1960 existían en Barcelona más de cien cines, de los cuales treinta y seis eran de estreno. Recordaré los cines de mi barrio, Sant Gervasi, y la mayoría de salas de estreno. También cines amigos de otros barrios.

En 1967 empezaron a proliferar en Barcelona las salas de arte y ensayo, que obtuvieron el permiso de proyectar películas hasta el momento prohibidas por la censura, siempre que fueran en versión original subtitulada. Con esta medida se

reducía la contaminación al gran público, ya que eran salas de poco aforo y los asistentes solían ser intelectuales y jóvenes estudiantes, y se conseguía que las películas no circularan por ninguna sala que no tuviera ese distintivo. Ante el éxito del cine Publi, primera sala de arte y ensayo de España, muchos otros cines de reestreno se reconvirtieron. Por este motivo, mis recuerdos de las salas de arte y ensayo, en las que vi tantas buenas películas, estarán unidos, en algunos casos, a las del propio local.

Mi afición al cine nació de muy pequeño en dos pueblos en los que pasaba el verano: primero, Argentona, hasta los ocho años, después, Sitges, hasta los catorce. Sería injusto, por lo tanto, pasar por alto sus salas, en las que vi mis primeras películas.

Ya de mayor tuve la gran fortuna de trabar una fuerte amistad con dos grandes eruditos: Román Gubern y Terenci Moix. Especialista en cine europeo el primero y en el cine de Hollywood el segundo, me aportaron todo tipo de conocimientos sin asistir a ninguna clase, simplemente compartiendo copas, cenas y amistad. A partir de los treinta años el



Román Gubern invitado al programa *Más estrellas que en el cielo* de Terenci Moix, que presentó en TV2 durante la temporada 1988-1989.

cine me empezó a dejar de interesar, pero no pude abandonarlo porque se había convertido en mi profesión y en mi sustento. En los años sesenta no existía en Barcelona la carrera de Periodismo, y con el bachillerato de letras no había mucho donde elegir: Filosofía o Derecho. Elegí Derecho por descarte, y por la serie de TV *Perry Mason*. Nunca he ejercido como abogado, siempre como periodista (sin título). He tocado todos los palos: prensa, radio, televisión e internet, escribiendo o hablando de cine, porque de otro tema no podría hacerlo.

Recordemos juntos, pues, aquella época maravillosa en la que el cine y sus salas llenaban nuestras vidas.

LOS CINES DE BARRIO

Todos los barrios de la ciudad contaban con sus propias salas de cine, a las que llegabas andando desde casa en pocos minutos. Eran salas sencillas, familiares, de programa doble con el NO-DO, que era de proyección obligatoria, y, a veces, algún dibujo o cortometraje de aventuras policíacas o del Oeste. Podías entrar a las cuatro de la tarde y salir a las ocho tranquilamente, e incluso volver a ver la primera película, si te había gustado, porque eran de sesión continua. Yo odiaba el NO-DO, que duraba diez largos minutos; solo me gustaba la parte final, porque solía haber algún reportaje sobre festivales de cine, rodajes o la visita de alguna estrella internacional a nuestro país. El resto era Franco inaugurando pantanos o pescando, actividades políticas o industriales y deportes. A mí me tocaba ver el mismo NO-DO varias veces, en el cine de estreno los domingos y en las salas de reestreno los jueves.

El ambiente de los cines de reestreno variaba según el barrio de su ubicación. Los de Gràcia eran los más animados, con sesiones de variedades en los descansos: magos, cantantes, humoristas y bailarinas. Los más concurridos eran el Selecto, en Gran de Gràcia, y el Versalles, en la calle de Mallorca. Sants contaba con grandes salas, como el cine Arenas o el Bohemio, que a pesar de tener un aforo de mil quinientos espectadores se llenaban los fines de semana de un público variopinto, mayormente del barrio.

En el Eixample, además de ser el barrio de los cines de estreno, también existieron muchas salas de reestreno, como el Alondra en la calle de Còrsega, el Miria en Provença, el Íntimo en Roselló o el Nuria en Roger de Flor. En algunos cines del barrio del Raval —antiguo barrio chino— convivían sin problema el público familiar —por tanto, niños incluidos— con las famosas *pajilleras*, mujeres mayores —la mayoría prostitutas retiradas o que buscaban un sobresueldo— que siempre se situaban en las últimas filas y tenían el beneplácito del acomodador, que ya las conocía porque iban todas las tardes. El Raval contó con muchos cines, entre ellos el Latino, el Mar, el Céntrico, el Padró, el Barcelona, el Castilla o el Diorama.

Así pues, como todos los barrios de la ciudad, Sant Gervasi también tuvo sus cines.



Fachada del cine Spring. 1950. Autor: Jordi Farré. Arxiu Municipal del Districte de Sarrià-Sant Gervasi. Fons Jordi Jové Permanyer.

Su público también era familiar, aunque con algunas diferencias respecto a otros barrios: los acompañantes de los niños no siempre eran familiares, sino que muchas veces eran las niñeras o algún personal del servicio. A la sala no se llevaba la cena en una fiambrera, pero sí un bocadillo para merendar, y la entrada era un poco más cara que en los otros barrios.

ABC

(1961 – 2000)

Balmes, 306

El cine ABC era el primero de la cartelera, un acierto en la elección del nombre. Todo era inmenso, los dos vestíbulos y la platea con capacidad para más de novecientas personas. Siempre ofreció programa doble y durante un tiempo fue sede de la Filmoteca.

Se inauguró en 1961. Yo tenía trece años, y desde casa se podía ir andando en menos de cinco minutos. Mi amigo Jorge vivía en Plaza Molina, y para él el ABC era como para mí el Adriano.

A Jorge lo conocí en el colegio La Salle Bonanova: éramos compañeros de pupitre en preparatorio, teníamos nueve años. Un día el hermano nos comunicó que Jorge no vendría a clase porque su padre había muerto de manera súbita y nos dijo que, como no podíamos ir todos al funeral, irían los que tuvieran mejores notas. Yo no estaba entre los escogidos, y no recuerdo cómo lo hice, pero asistí. Jorge tenía un íntimo amigo, Agustín, al que yo conocía de vista. No me costó nada hacerme también amigo suyo porque era la persona más generosa y divertida que he conocido en mi vida. Con ellos fui muchas veces al ABC: recuerdo *El coronel von Ryan*, con Frank Sinatra en un papel dramático, o la reposición de *Candilejas*, con un Chaplin ya mayor que interpreta a Calvero, un payaso en horas bajas, con la inmortal banda sonora compuesta por él mismo.

Al llegar a cuarto de bachillerato Jorge y yo nos cambiamos de colegio para no tener que repetir tercero, ya que teníamos tres asignaturas colgadas de septiembre y además estábamos hasta el gorro de aquella cárcel. El primer día de clase, a principios de octubre, llegamos al nuevo colegio los dos con corbata y vimos que nadie llevaba; no había notas quincenales sino solo trimestrales, dejaban fumar en el patio, era una escuela mixta y se hablaba catalán. ¡Descubrimos un nuevo mundo! El colegio —de nombre muy rimbombante, Real Monasterio de Santa Isabel— estaba en Sarrià, muy cerca de la plaza de Artós, y allí pasé los mejores años de mi vida.

Era época de *rock & roll*: Beatles, Rolling Stones, Kinks, Animals... Por la calle abundaban los chicos cargando instrumentos, y nosotros decidimos formar un grupo: Los Stocks. Nuestro referente eran los Beatles: Jorge y yo tocaríamos la guitarra, Agustín el bajo y Antonio, un primo de Jorge, la batería. Cada fin de semana ensayábamos, y al cabo de poco tiempo ya empezamos a hacer actuaciones en casas particulares. También participábamos en concursos de conjuntos los domingos por la mañana, en el Club Elena, en el Fòrum Vergés... La verdad es que éramos bastante respetados dentro del mundillo, porque además de versionar a los Rolling y a los Beatles también tocábamos temas propios que componía Antonio, el único que siguió con la música y hasta grabó algún disco.

El conjunto duró tres años, de los quince a los dieciocho. Pasé una adolescencia sin problema alguno: la música y el cine ocupaban mi vida.

De 1963 a 1967 el ABC se convirtió en sede de la Filmoteca Nacional, aunque solo un día a la semana, los lunes. En sesiones de tarde y noche se proyectaban películas y ciclos de cineastas importantes que no llegaban a la cartelera por motivos de censura. Cerró sus puertas con el cambio de siglo, en el año 2000. El supermercado instalado en la antigua sala mantiene las columnas doradas que estaban ubicadas en el vestíbulo. Algo es algo.

